

# Columbus Day

[Conferencia leída en el Club Español de Boston].

en su dormitorio un tanto delicado de salud, y al notar lo que ocurría, apareció en una de las ventanas del segundo piso de la casa, desde donde arengó a aquella fuerza, la que, al imponerse que se trataba de una sublevación contra el Comandante General de la República, intentó retroceder y hacer una manifestación de simpatía al Presidente. En aquellos precisos momentos, éste bajó con dirección al lugar en que se encontraban las tropas, y al traspasar los jardines de la misma casa, sufrió un síncope que le produjo la muerte.

Tan desgraciado suceso vino a favorecer el éxito de la rebelión.

La Guardia de Honor había tratado de conservar el orden constitucional; pero quedaron infructuosos sus esfuerzos, por el fallecimiento del Presidente.

Aquellos acontecimientos produjeron un inmenso pesar, y llenaron de luto a la patria.

Los alumnos de la Escuela Politécnica Militar, que eran jóvenes pundonorosos y dignos, pidieron hacer guardia y honores al cadáver, lo que les fué concedido.

Los autores del golpe de estado reconocieron las virtudes cívicas del ex-mandatario, y ya posesionados del mando supremo del país, hicieron consignar en el editorial del periódico oficial del siguiente día, estas palabras: «Benéfica por muchos conceptos fué la administración del ilustre general Menéndez».

El entierro que se verificó pocos días después, fué una gran manifestación de duelo de todas las clases sociales.

Rubén Darío se ausentó del país y publicó la *Noche negra*, en que anatematiza a los culpables.

Y se ha dicho que esos mismos sucesos que hemos narrado, le dieron motivo para la composición titulada *A Colón*, y que concluye con la invocación siguiente:

Duelos, espantos, fiebre constante, en nuestra senda ha puesto la suerte triste. ¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante, ruega a Dios por el mundo que descubriste!

F. MARTÍNEZ SUÁREZ

San José, Costa Rica,  
23 de noviembre de 1923.

## Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París  
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Señoras, Señoritas y Caballeros:

Desde que tengo uso de razón (supongo que nadie objetará mi racionalidad ni el uso que hago de ella) no sé de un solo cantante aficionado que no padezca de catarro cada vez que va a hacer sus gorgoritos musicales, ni de ningún conferencista novicio a quien no tome de sorpresa su auditorio, sin haberse preparado dignamente para la ocasión. No he de caer yo en estas cursilerías de oradores y primadonas en agraz, adelantándoles excusas por si esta charla de encargo no resultara un finísimo dechado de elocuencia. Quiero por el contrario que ustedes sepan de una vez, si acaso ya no lo han adivinado, que mis deficiencias de conferencista son permanentes y lo que es peor, irremediables.

Primero: porque no me gustan las conferencias, las cuales están para mí en la categoría de las cosas desagradables, verbigracia: ley seca, *movies*, clima de New England, terremoto del Japón, pagar *income tax* y perder un paraguas en un lugar a donde se ha ido con el sano propósito de divertirse, y para que duela más en noche de nevasca, en Boston y en El Club Español!!

Segundo: porque mi aspecto personal no me ayuda y es sabido, aunque no lo diga Quintiliano, que los hombres en el arte oratoria, igual que las notas en la música, valen lo que representa su figura.

Tercero: porque me falta voz, de tal modo, que cualquiera que me conozca sabe que *cheer leader* de Harvard, *barker* de una tienda de judíos, o *preacher* de la Salvación Army son ocupaciones superiores a mis fuerzas. Ahora bien, el orador no necesita tanto de sus ideas como de sus pulmones; su pensamiento no parece funcionar sino cuando está de pié, frente al auditorio inofensivo, y a veces ni aun así, pero Dios o el Diablo, —sobre esto puede haber disputa—, le ha dado el don de hacer frases grandes con ideas pequeñas y de expresarlas de modo heroico, con crescendos arrebatadores, disminuyendo y reforzando, aquí una imprecación solemne, más allá una amenaza tremenda, ora pasajes de entusiasmo con brío y más tarde admoniciones en tono *moderato*. Conozco alumnos de Calíope que serían capaces de decir a ustedes los buenos días con el mismísimo acento de Marco Tulio increpando a Catilina en el Senado Romano, o Patrick Henry exclamando en la Convención de Virginia: *Give*

*me liberty or give me death*. En mis andanzas por Centro América hube de padecer sus discursos pacientemente, comido por dentro de rencor y sin la sabrosa esperanza de Voltaire cuando se hallaba enfrascado en la aburrida lectura de los casuistas: «Ahora os estoy leyendo pero ya me la pagaréis». Tal vez haya en este sentimiento algo o mucho de envidia, pues que a mí me faltan fuerzas para obra de tanto aliento.

¿Por qué entonces he aceptado el encargo de dirigirles la palabra esta noche? Me parece estar oyendo murmurar esta pregunta a las pobres víctimas de mi garrulería que a estas horas no se hayan rendido a los cosquilleos de las alitas del Dios Hipnos (dicho en griego para que se entienda mejor). ¿No es el colmo de la inconsecuencia y de la falta de caridad cristiana venir a darles una lata que no hubiera querido para mí? La razón es una: no pude decirle no al amigo Rivera. Es algo imposible, de toda imposibilidad. El ha de salirse al cabo con la suya. Si ustedes me permiten una digresión, o una indiscreción más bien, les diré que considero una suerte para la moral y las buenas costumbres que nuestro amigo Rivera no haya nacido con vocación de tenorio, pues no habría habido virtud que no se le rindiera. *He would not take no for an answer*. Además, acabó de decirme la idea de que mi discurso iba a ser *broadcasted* por Godoy, cuya persona sí reúne todas las cualidades que a mí me faltan: figura de convencional francés, humor a toda prueba y buena voz; si no me equivoco, allá en sus mocedades fué también un entusiasta del bel canto, uno de aquellos entusiastas del catarro y de las excusas a quienes tuve el honor de referirme antes.

Queda, pues, explicada mi situación de conferencista *malgré moi*, y si alguna queja resultara de esta charla diríjasele al Señor Presidente de este Club, cuya amistosa insistencia tiene la culpa de todo. Oh amistad!, cuántos discursos se cometen en tu nombre!, tentado estoy de decir parodiando la frase de Madame Roland en parecidas circunstancias, y perdonen ustedes el alarde de erudición.

Basta de prólogo. Entremos en materia o lo que es lo mismo metámonos en camisa de once varas, no vaya a resultar esta conferencia como el Pagliaci, mucho prólogo y poca ópera.

Voy a hablar a ustedes de uno de los Conquistadores de América, el pri-